

Sobre la obviedad, las estelas decoradas y sus agrupaciones

Fco. José MORENO ARRASTIO
Universidad Complutense de Madrid

1.

Siempre fue determinante el estado de las ciencias naturales y sociales de cada época para decidir dónde se dibujaban las fronteras en los sistemas clasificatorios ¹. Y también que la propia estrategia de la reunión en conjuntos o la expresión de sus límites fuese utilizada en todos los ámbitos del conocimiento, incluido el social. Separar por semejanzas es una actividad imprescindible a la Ciencia, pero también a toda ideología; es una conducta que ordena el mundo por limitados criterios del parecido y de forma tan eficiente que renueva una determinada concepción del mundo cada vez que, por decirlo así, se activa. Por eso, cuando se olvida la naturaleza histórica de su acción, suele convertirse en un buen aliado de las ideologías dominantes: consigue que los límites impuestos entre las cosas del mundo parezcan inherentes a la propia Realidad para quien piensa desde ellos.

A su vez, las comparaciones y las semejanzas informan sobre el ámbito complejísimo y oscuro de la experiencia perceptiva humana. Entonces, si como aquí, se quiere emprender el estudio de uno de sus aspectos, y en concreto el del alcance y la naturaleza de algunas agrupaciones por semejanza en las estelas decoradas del SO., inevitablemente se está convocando al conocimiento acumulado por muy distintos campos

¹ Foucault, M.(1974): *Les mots et les choses. Une Archèologie des sciences humaines*, Paris, 1974.; Oeser, E.(1984); *La Evolución del método científico*. en K. Lorenz y F.M. Wuketis (eds) *La Evolución del Pensamiento*. Madrid, 1984. pp. 247-280.

del saber, cuyas aportaciones enriquecen las dimensiones de la explicación pero también las multiplican (Tilley, 1989). Esa es la razón de que estas líneas, y una expresión desenfadada, se contentan con proponer lo que, según Lévi-Strauss, define a la Etnología: una técnica de extrañamiento (*dépaysement*), y que las preguntas sobre las que concentrarán las observaciones que siguen sean muy pocas. Es una búsqueda que quiere orientar hacia fuentes poco frecuentadas por arqueólogos la posibilidad de una respuesta (que de una forma general se integraría en la llamada Arqueología Cognitiva)². Son dos cuestiones sencillas y se dirigen al territorio de las clasificaciones científicas en los grabados de las estelas: la primera es la que inquiere sobre el tipo de lógica que se utilizó hasta hoy para elegir de entre la multitud de posibles criterios de semejanza aquellos que una vez expresados vienen a ser concebidos como de una evidencia deslumbrante. Y segunda, ¿por qué son tan evidentes?

Será por tanto una reflexión sobre el valor y la naturaleza de un método que campea por dos tiempos y culturas. El trazo que nos guíe será la búsqueda de las razones del éxito en la bibliografía de la división entre estelas que contienen el grabado de uno o varios cuerpos humanos y las que no los representan. Ello es, recuérdese, solo un mínimo aspecto del problema del empleo en ciencias sociales de los criterios de semejanza pero enfocado aquí al estudio de la comunicación humana en la Prehistoria. Al intentarlo se encaran algunos riesgos. Es el caso que algunos trabajos recientes advierten contra la trampa en la que sucumben quienes se acomodan en la búsqueda del paralelo y la semejanza. Práctica, se dice, que es casi la marca de identidad de una época de la Arqueología científica española, caracterizada por el difusionismo, y ciertamente sus resultados han sido casi siempre limitados (López Castro, 1993). Pero sería un error, a mi juicio, emplumar por colaboracionista a la pobre comparación sin valorar la naturaleza de los servicios prestados, por mucho que nadie, decía Tagore, agradezca ya el agua pasada al arroyo seco. Por el contrario, si se consideran criticables la búsqueda de paralelos, las agrupaciones por semejanzas o a las taxonomías, sin duda lo serán a condición de establecer un referente válido, un soporte que muestre sus errores y no una irónica asociación del pobre algoritmo que a todas las hace posibles con una tendencia demodé. Al recordar la capacidad que tienen ciertos métodos de pasar inadvertidos para quien los emplea, se

² En el sentido en el que una arqueología cognitiva quería investigar aspectos de la representación del conocimiento y procedimiento de la información contenidos en el registro arqueológico: (Justeson y Stephens, 1994).

debe añadir que ello multiplica su poder de penetración en la sociedad científica y, en consecuencia, su impermeabilidad a la crítica. Lo que no puede verse escapa a toda cuestión, algo que quizás explica la ironía de que se llegue a despreciar la capacidad que tienen las semejanzas de proporcionar conocimiento y, a continuación, se proclame que los que así lo hacen se parecen a los del conjunto A y no a los del B.

2.

Desde la época del abate Breuil, el principal atractor de la atención académica en el estudio de las estelas decoradas del SO.³ fueron los objetos que aparecían esbozados en ellas: las espadas, escudos, cascos, fíbulas...La razón es que eran y son los únicos elementos capaces de proporcionar cronologías y, además, en la muestra documentada entonces, eran pocos y siempre los mismos. Sólo en fases posteriores se analizaron las superficies exentas de las losas, su localización precisa en el paisaje, etc. Durante todo ese tiempo, la atención por los objetos dibujados en las estelas, que por cierto contradictoriamente escasean en los registros arqueológicos, gozó de gran persistencia y popularidad, pero hasta que en ellas no se hizo cuestión del esquema difusionista, no se pudo medir el pobre resultado que en su comprensión proporcionaba la solitaria búsqueda de los paralelos(Barceló, 1989: 192; Galán, 1993: 19). Aquella estrategia gozó de un favor común y general, explicable no tanto desde la naturaleza de las piedras labradas o en la copia sistemática de modelos importados, como en la sensación colectiva de que era una forma de acceso obvia. Nisiquiera adecuada o efectiva sino de sentido común, una sensación que muchas veces todavía envuelve a este método clásico de acercarse a las estelas y que demuestra los efectos sobre la percepción individual de elaboraciones colectivas.

De forma paralela e imperceptible, en las estelas decoradas se aplicó otro método también reputado de sentido común, el de organizar las características de las estelas y sus grabados en agrupaciones por semejanza⁴. Es todavía una estrategia sin infortunio: ni ha sido criticada ni

³ Para la bibliografía e historia de la investigación de las estelas decoradas me remito a los estudios más importantes aparecidos en los últimos años: Galán : 1993 y Celestino, 1994.

⁴ Almagro-Gorbea, 1977 ha sido considerado, con justicia, quien más esfuerzo ha dedicado a una minuciosa agrupación por la aparición de objetos. Cada acercamiento a

interesó a nadie encontrar la base sobre la que hacerlo. Es posible que existiese una implicación lógica, que este segundo método mantuviese intimidad con el primero, que la ausencia de interés sobre las categorías empleadas para agrupar a las estelas haya sido otro efecto del paradigma difusionista. En la búsqueda de paralelos se señalaron y señalan despropósitos o capacidad explicativa, pero también se reconoce al menos aquella finalidad de la ubicación cronológica. Por el contrario en la estrategia de la agrupación por semejanzas la finalidad se nos escapa; se impone vagamente la necesidad de organizar por categorías, pero no urge ni se cree relevante indagar en la naturaleza de las empleadas, que se nos ofrecen casi siempre de forma inmediata, natural y consistentes con la naturaleza de los objetos. Nos parece obvia, p.e., la separación entre las estelas que contienen la figura humana y las que solo representan objetos inanimados.

Los cuerpos humanos se representaron en las estelas siempre esquemáticamente, de frente y con los brazos extendidos a los lados, algo que fue considerado como una actitud de reposo (Pingel, 1974: 8). Solo en algunos casos, unos pequeños trazos orientados en la misma dirección al final de las piernas (Zarza de Montánchez, p.e.) provocan la sensación de un ligero giro de la figura. Pocas veces, como ocurre en la descubierta en el túmulo de Setefilla, parecen estar andando o incluso bailando en grupo (Ategua, Aldea del Rey III). No podemos saber si estas variantes del esquema del cuerpo estaban codificadas o se realizaron sin mayor interés en el momento de fabricar la estela. La dificultad de arañar una piedra y producir en ella una marca profunda hace pensar en un ahorro de energía que teóricamente asociamos a una tendencia hacia el mínimo común significante. Por eso la primera dificultad al aislar y comparar las figuras humanas de las estelas es saber si se atienen a un mismo código o nos encontramos ante una, de algún modo irrelevante imitación sucesiva por parte de «artistas» que en muy pocos casos alcanzan a transmitir estéticamente algo más que un garabato (Almagro-Gorbea, 1977: 164).

De las hoy conocidas⁵, casi la mitad (46), contienen uno o varios grabados del cuerpo. En 12 estelas las figuras son varias, con un máximo de 11 en la estela de Ategua, aunque alguna hay con 4 (Aldea del Rey III). Estas imágenes pueden aparecer en tres diferentes escalas; en la de

supuesto, en principio, una propuesta de agrupación o aceptar alguna propuesta anterior, desde Almagro Basch, 1966 hasta los grupos de Galán, 1993. La tesis de Sebastián Celestino contiene, p.e., un índice completo de agrupaciones.

⁵ Considero las estelas recogidas en los catálogos de Celestino (1994) y Galán (1993).

Ategua se grabaron hasta siete figuras en la zona inferior en una escala acusadamente distinta de la de otros cuatro representados que a su vez eran de diferente tamaño. Esta disparidad de escalas, normalmente entre dos o tres figuras aparece en cinco estelas, mientras que la representación de dos o más figuras (hasta cuatro) en tamaño similar se documenta en otras cinco. La mayor parte de aquellas con cuerpos esquemáticos tienen una única figura. Representan tres cuartos del conjunto de las que contienen humano y un tercio del total, incluidas aquellas en las que no está dibujado. Por otra parte, en las estelas hay representaciones de animales, en su mayoría tirando de un carro y siempre en una esquematización similar a la del hombre, son 17 estelas las que contienen uno o varios animales siendo la posición de éstos generalmente estática. Menos en una; se trata de una estela encontrada en Castelo Branco, en la cima de una colina (Sao Martinho II), en la que un arquero con el cuerpo engrosado apunta su arco hacia lo que parece ser un grupo de animales o un ciervo rodeado de perros. Esta estela es excepcional en lo que concierne a la actitud del cuerpo e incluso en la actividad que parece escenificar.

La atención por el significado de la imagen, independientemente de su calidad, es también tardía y comienza con el trabajo de Pingel y la agrupación que hace de las estelas según contengan solo escudo, espada y lanza (IIa), estas armas y otros objetos (IIb) y las que representan lo que le parece un guerrero (IIc). Su tipología se realizó sobre una muestra de 26 estelas. Desde entonces la importancia de la imagen del cuerpo de lo que habitualmente se cree un guerrero como criterio de orden para separar aquellas que lo poseen, no se ha vuelto a plantear. La adecuación de los tres tipos de Pingel fue aceptada en dos trabajos importantes, y en la misma década, sobre las estelas: los de Varela Gomes/Pinho Monteiro (1977) y Almagro-Gorbea (1977). Los primeros simplemente añadieron un tipo más, el IID, aislando aquellas que parecían contener escenas relativas a un ritual funerario del personaje principal (Ategua, p.e.) y ordenando cronológicamente el resultado. Almagro-Gorbea, en su tesis sobre Extremadura, establece una serie de subapartados desde las diferencias entre objetos hasta la disposición de estos en el lienzo. Es todavía, la más completa y compleja tipología de estelas aún cuando desarrolla sin criticar, en cuanto a la figura humana, los tipos básicos de Pingel.

La aparición del cuerpo grabado fue justificada por Pingel en los términos de la expresión del contacto del mundo tartésico con otro *Vorstellungswelt* (1974: 14), lo que a su vez era, naturalmente, una lectura de las estelas en clave difusionista, quizás la que explica la fervorosa acogida posterior de su división. Para Varela y Pinho las estelas con figura

humana serían *una ruptura estética con la precedente* en la que el humano *domina la composición de la que, por otra parte, es el sujeto* y su introducción se corresponde con la de *un nuevo concepto figurativo ideológico*. La tesis de Almagro-Gorbea, en la que se publican nuevos ejemplares no llega a valorar significados y su esfuerzo se concentra en el estudio de los objetos como fuente de datación. El resultado y en lo que concierne a la figura humana es a veces contradictorio con lo expuesto por Pingel y Varela Gomes/Pinho Monteiro, mucho menos minuciosos en sus paralelos; si para éstos la cronología se basa en la aparición paulatina de los elementos en las estelas, siendo las últimas aquellas en las que aparece la figura humana, Almagro-Gorbea atribuye por el contrario un cronología muy antigua para los cascos (p.e., de cimera) situados ocasionalmente sobre las figuras humanas con lo que no pudo empujar a éstas hacia etapas más tardías. Merece la pena insistir brevemente en este autor dada la influencia que ha tenido en la historiografía posterior y, además porque cuando Almagro-Gorbea escribe su tesis eran unas treinta las estelas conocidas. A lo más, afirma sin entrar en contradicción con el esquema de Pingel, la representación del difunto y el carro parecen ser más característicos de la etapa más reciente. La hipótesis es coherente con el presupuesto valor funerario de las estelas (1977: 151ss.) que pueden definirse a partir de un rasgo principal: *ofrecer la representación del ajuar personal de un guerrero realizado a base de grabar con una línea los objetos que lo forman*. (Ibid. p. 163). La lógica del guerrero muerto y representado con sus armas y objetos personales, a veces vestido con una diadema que puede suponer la heroización o sacralización del difunto (Torrejón del Rubio II), se completa con la hipótesis de que las figuras humanas de menor entidad, dada su escala reducida, son siempre servidores (Ibid., 177). Sin embargo, en el apartado del significado cultural no se hace ninguna atribución al valor o significado histórico que pueda tener la aparición de la figura humana aún cuando se valora la representación de objetos como prueba de la llegada de influjos externos.

El paso de treinta años habría de triplicar el número de los ejemplares, la proporción se mantuvo y también la separación entre los conjuntos. Fernández Castro en 1988, consideraba a las estelas divididas en dos grandes grupos, diferenciados por la presencia o no de figuras humanas que aparecerían a partir del siglo VIII aC. en unas representaciones simbólicas que comenzaron dos siglos antes. En el mismo sentido, Barceló (1989: 190) parte de los anteriores para aceptar cuatro clases, dos con representaciones de objetos (a, b) y otras dos que añaden los humanos (c, d) sean uno o varios. La propuesta de Celestino de indicar un cambio en

las costumbres de enterramiento (1990: 50) correspondiente con la aparición del cuerpo abunda con ello en la segmentación de Pingel antes que, como defiende Galán (Galán, 1993: 18) solo de la justificación de las ausencias de los registros funerarios. Mientras que este último, aunque su propuesta esta dirigida a otros problemas, acepta la agrupación de las estelas con figura humana como significativa (Ibid. 49) en el contexto de su teoría del proceso de sedentarización que las estelas representan.

Almagro-Gorbea (1977: 164) asumía el grueso de la agrupación de Pingel y Varela Gomes-Pinho Monteiro puesto que *se atienen a una estructuración coherente de los elementos que ofrecen las estelas*. Las razones de Barceló para aceptar la clasificación formal de tipología de Pingel son su correspondencia con áreas geográficas (1989: 191), pero reconoce que las estelas con la figura humana aparecen por todas partes, con lo que, al final se suma a la apreciación ya citada del nuevo concepto figurativo-ideológico. Galán (1993: 50) supone que la simplicidad de las estelas básicas o grupo 1 traducen un momento de menor jerarquización y la complicación formal (en la que se añade la figura humana como un elemento más) un proceso de elevación de unas élites que adquieren con ello una iconografía del poder. La figura humana aparece en su análisis de proximidades tan aislada como grupo como las lanzas o los escudos.

Parece por tanto que, en el estudio de este conjunto arqueológico, es previo el fenómeno la agrupación por el solo criterio de la figura humana a la justificación de hacerlo. Quizás porque parece de sentido común, la ausencia de una explicación se deriva más del hecho de la inmediatez de la agrupación que de su lógica antropológica en el discurso histórico. La expresión de Pinho y Monteiro *un nuevo concepto figurativo-ideológico* nos muestra que la aparición o no de la figura humana fue captada como relevante en sentido ideológico, es decir, como expresión de un cambio en el mundo de las ideas. Pero no se dan las razones del descubrimiento. Podemos suponer que las ideas de Pingel sobre el origen de la nueva forma de representación se sustentaron en expectativas sobre las fenicias, pero el autor no hace ninguna referencia concreta. El esquema de Pingel, seguido por los demás, propone aceptar a las estelas como testimonio de transformación ideológica hacia un *weltvorstellung* ajeno, pero no dice más sobre qué cambia desde unos modos de representación que suponen al humano, como en las estelas básicas, a otros que lo muestran esquemáticamente⁶.

En todas las estelas el cuerpo es un elemento esencial del orden simbólico. Las llamadas básicas, que son solo una porción de las que no contienen su dibujo, ordenan los objetos en función de la posición que éstos

tienen en el cuerpo; en general como aquellas que además de lanza, escudo y espada contienen objetos de adorno. De ello puede desprenderse que la propia losa, en las estelas básicas, sea un símbolo del cuerpo (Celestino: 1994: 399). Así pues en unas estelas se supone el cuerpo, en otras es dibujado. Agrupar aquellas estelas en las que aparecía el cuerpo dibujado (IIc) no dice mucho más, por tanto, sobre su atribución simbólica. Por eso el éxito de la agrupación de Pingel es el del valor del significante: un mensaje que contiene una imagen de hombre difiere de otro en el que esta no está aún cuando contenga una carga simbólica que la implique (la disposición de los objetos). Curiosamente la llamativa escasez y hasta ausencia de los objetos de las estelas en el registro arqueológico ha propiciado hacia estos una nueva perspectiva, quizás una sobrevaloración, adquiriendo por ello para algunos la cualidad de objetos de prestigio (G.Wagner, 1995). Aunque no existe razón para excluir la imagen humana de esta ventaja, sus beneficios no la alcanzaron.

Un problema análogo es el que se ha planteado con algunos vestigios datables también en un arco temporal entre el Bronce Final y el Hierro Antiguo como son los podomorfos grabados en abrigos y cuevas (Varela Gomes y otros, 1983)⁷. Al no expresarse una justificación clara, el silencio nos lleva a pensar, en resumen, que la causa la separación se encuentra en los contenidos del sentido común, primero en Pingel y después en sus seguidores, que señalan la aparición del humano como una novedad con significado social. La respuesta se encargó, por tanto, al conjunto de conocimientos sobre el mundo, entre los que se encuentra la conducta humana, almacenados en nuestra cultura o experiencia; tan obvios y cercanos que no se hacen visibles hasta que un ejercicio de alejamiento les da el contorno. Aceptar esto, mientras se recuerda la reiterada aparición del concepto obviedad en este ensayo, puede iluminar una contradicción no solo presente en la acrítica agrupación de las estelas con humano sino en general a la disposición a formar montones con las cosas que aparecen iguales.

⁶ La formulación de un problema análogo puede considerarse en el modo de reducción utilizado según (Ahlberg, 1971: 49 ss. citada por Morris, 1987)) en la pintura sobre cerámica en el Geométrico tardío). Otra alternativa es la de Schnapp(1994) en la que la imagen humana en un soporte implica una auténtica sustitución.

⁷ Es una muestra de expectativa por reducción: «Pisadas del mismo tipo han sido documentadas en los grandes ciclos del arte postglaciar europeo, en Monte Bego en Valcamónica, en Escandinavia donde son atribuidas a períodos artísticos de los finales de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro; problemática donde se inserta el uso casi-universal de una forma que debe ser entendida en una dimensión fenomenológica informada por estados ideológicos similares» (Varela Gomes y otros, 1983: 306)

3.

La interpretación tradicional de las estelas parte de una hipotética función funeraria que casi inevitablemente sugirieron las circunstancias del hallazgo de la estela de Solana de Cabañas; sin embargo el tiempo no ha aportado una prueba contundente de esa utilidad. Como consecuencia, se han abierto camino, paso a paso, otras posibles alternativas de interpretación como la de que son hitos en el territorio con una compleja función simbólica (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991; Galán, 1993; Tejera Gaspar, 1995), etc. Continúan siendo por tanto un misterio dada la incapacidad de ubicarlas con certeza en su contexto arqueológico original⁸ como por la dificultad de entender el mensaje que contienen. Con todo, la investigación arqueológica de las últimas décadas no ha logrado encontrar otro documento de contenido ideológico para los comienzos del Milenio aC. en el SO. de la Península ibérica y en la parte meridional de su Meseta Central que sea aceptado, en general, como elaborado indígena. Son una referencia insegura y escasa que sufre de frecuentes vaivenes en su cualidad y valor como documento histórico, algo que ha facilitado que después de ofrecerse, frecuentemente, como prueba de grados de prestigio o jerarquías en las sociedades indígenas del Bronce Final (Barceló, 1992: 269), la carencia de base empírica en la que engarzar la relación, se haya aconsejado la prudencia en su atribución como indicio (Wagner, 1995: 111).

A pesar de esta llamada a la moderación, en las estelas decoradas se reconoce en general el testigo de un proceso de transformación económica en el espacio temporal protoorientalizante (Almagro Gorbea, 1989) o en el contemporáneo a la colonización fenicia (Blázquez, 1990). Es un lugar común la afirmación de que muestran el efecto de aportaciones económicas, ideológicas o culturales desde el exterior de la Península, lo que las proporciona un valor añadido que comparte con muy pocos restos arqueológicos. Los investigadores ven en ellas la expresión del surgimiento de aristocracias guerreras, rurales y jerarquizadas (Almagro-Gorbea: 1977: 193) en proceso de asentamiento territorial (Galán, 1993: 58), de aculturación (Celestino, 1995: 391), incluso de figuras heroizadas (Almagro-Gorbea, 1977: 177), que muestran en su panoplia el fundamento de su poder. Esto significa que en principio son aceptadas como

⁸ Cuando esto se escribe siguen siendo dos las estelas que se han encontrado en yacimientos arqueológicos en proceso de excavación. Una en la escalera de Cancho Roano y otra en Arroyo Manzanas. En ambos casos claramente reutilizadas en época posterior.

testigos de transformación, de cambio social y contienen datos de la magnitud, modo y alcance de la misma. Unos datos muy peculiares ya que, de asumir lo dicho, serían el único resto en el que se registra una autorepresentación indígena. Hasta hoy sin embargo no se han propuesto instrumentos para extraer de ellas, o de las figuras que en ellas fueron grabadas las consecuencias de este hecho; a lo más y como se ha visto, se expresa como de sentido común una difusa intuición sobre ese contenido basada, en conjunto, en la analogía (Bendala, 1995) con fenómenos más o menos contemporáneos del Mediterráneo.

En resumen, la cuestión del significado de las estelas, casi como corresponde a un vestigio misterioso y espléndido, está sin resolver aún cuando parecen establecidos ciertos caminos para hacerlo. Y éstos parecen tan obvios que sería difícil hoy enfrentarse a la formulación previa de su asociación a las llamadas aristocracias guerreras o a su cualidad de documento del cambio (en vez, p.e., de persistencia) con argumentos que puedan superar la distancia intercultural. En realidad ello también ha supuesto, por la reducción de objetivos consiguiente, que después de un siglo de hallazgos, los dibujos y figuras que se grabaron en las hoy otras tantas losas documentadas sigan siendo mensajes sin descifrar; que se ignore su significado, las razones de su ubicación, incluso el ámbito de sus receptores. Y dado que teóricamente la base argumental sobre la que se fundamente una hipótesis sobre su valor debe ser robusta y superar la distancia intercultural, el éxito de la tipología de Pingel produce, de inmediato, perplejidad. Segmentar en tal ignorancia se hace arbitrario y si detenemos el proceso y buscamos su utilidad para encontrar los códigos semánticos de quienes las grabaron, parece además en contradicción con la prudencia. Aceptar un sistema de segmentación implica compartir una lógica de las cosas y aquí no existen pruebas de que ésta, implícita en nuestras categorías, sea coherente con la de quienes solo dejaron algunos utensilios y mensajes ininteligibles.

Así, la primera dificultad que surge cuando atendemos a las estelas como documento ideológico es saber si las hemos agrupado bien. La razón tiene que ver con la expectativa de complejidad en los elaborados históricos, pues parte de reconocer que, aunque las *formas* en las que se han agrupado-segmentado parezcan *deducirse* de las propias piedras, el resultado fue siempre un artificio. En uno reciente, p.e., Pedro Barceló (1989: 189) y para definir las como grupo, contrastó algunas de sus propiedades de las de otras piedras grabadas (estelas ancoriformes, estelas guijarro, estatuas-menhir abstractas y estatuas-menhir antropomorfas). Ciertos criterios de semejanza, como el soporte, actuaron entonces como

prejuicio de agrupación que pudo ser distinto o que podría haber valorado conjuntos simbólicos más amplios. Con el mismo rango y propiedad, pudieron haberse propuesto al contraste los grabados rupestres, en los que *aparecen* armas y carros similares (Caballero, 1983; Sevillano, 1991)⁹, o de monedas con motivos análogos a los de las llamadas estelas básicas. Su unidad de estilo, aún contando con la ambigüedad de este término (Conkey, 1990), proporciona solo un marco general para el fenómeno que asociamos todavía con poca convicción al de un soporte más o menos redundante. Aún con grandes diferencias estéticas (considerando la excepciones de las estelas de Baraçal y Substantion), la agrupación a partir del soporte hace creer que el conjunto ofrece una pauta, un aire común, en cuyos límites conviven la exactitud y el trazo regular de las estelas de Solana de Cabañas o de Ategua con la tosquedad de las rayas de otras (Setefilla, p.e.). La explicación de estas diferencias en lo que naturalmente se concibió como el mismo grupo no significó nunca ni significa ahora cuestionar su integridad: unos asumieron (Varela y Pinho, 1977) que las técnicas de grabado suponían fases (p.e. en la estela de Brozas coincidentes con la de los tipos Pingel IIa y IIb) y otros que existió una cierta variedad de instrumentos utilizados en el dibujo de las figuras (Celestino, 1993: 96). En conclusión, las diferencias en las estelas aparecieron según artes, manos diferentes, en la búsqueda de lo que pensamos sería el mismo fin, proporcionar una información, transmitir un mensaje similar a través de un código similar. Pero, en tanto, la primera agrupación la del soporte y estilo general del grabado se asume como un hecho de la experiencia, parece haber encontrado una posición lógica firme y, a la vez, se ha ocultado en ella el sentido de su utilidad.

Tal parece que el fluir de los entornos sociales y los instrumentos para aprehenderlos son ciertamente contradictorios. Agrupar, en fin, por contenidos formales a las estelas implica encarcelar en un instrumento estático al fenómeno de comunicación que ellas representan y ello contradice la dinámica de la actividad humana en grupo. Las estelas -al menos sabemos esto- fueron una resultante sinérgica; a su creación e historia se convocó la acción simultánea de factores que variaron en duración e intensidad y segmentar su conjunto por contenidos empobrece nuestra capacidad de comprensión del fenómeno en sí. Tanto por la cualidad de los objetos y figuras, y porque la atención hacia lo que hemos reunido por

⁹ Celestino defiende que podría existir una relación en el tiempo con las estelas decoradas respondiendo a un impulso más popular que el que denotan las élites sociales representadas en las estelas (Celestino, 1994. : 316)

especies nos hace olvidar que la segmentación misma del conjunto es un factor siempre empobrecedor ¹⁰.

4.

Tendría virtudes paralizantes la conclusión de que no es nuestra razón contemporánea, con su practica de la agrupación de semejantes, la que pueda acceder al lenguaje enigmático de las losas, si no fuese porque existen indicios de lo contrario. Y el ejemplo puede encontrarse también en la propia historia de su estudio. En 1990, Sebastián Celestino (1990), en un libro colectivo sobre el estado de la protohistoria en Extremadura, describió por primera vez una concordancia de estilo, esquematismo y objetos en una serie de las estelas decoradas del SO. Proponía que aquellas que habían sido grabadas con pocos objetos rodeando a una figura humana tendían a ser las más esquemáticas. Básicamente se trataba de una asociación por semejanzas.

Su hipótesis se añadía a las asociaciones consideradas significativas en las representaciones de las estelas; pero ahora relacionaba por vez primera un concepto de estilo con una magnitud. El autor partía de un grupo reducido, de las que las más esquemáticas y con pocos objetos eran una pequeña parte; su propuesta era una hipótesis pero también una expectativa que, por cierto, al ritmo de publicación de nuevas estelas era, entonces y hoy también sería, extremadamente difícil de confirmar. Pero eso fue precisamente lo que ocurrió.

Una estela decorada se habría de encontrar en el transcurso de la excavación del poblado de Arroyo Manzanas en Las Herencias, una población toledana muy próxima a Talavera de la Reina. El hallazgo de esta estela de Arroyo Manzanas (a veces citada como Las Herencias II: Moreno Arrastio, 1995) confirmó su expectativa que, puedo certificar, se había formado mucho antes y sin conocimiento de nuestro hallazgo. Es una losa de pizarra que había sido reutilizada encajandola en el interior de una casa en la segunda Edad del Hierro; se encontró tumbada y con su cara decorada expuesta, lo que la habría modificado cubriéndola de rayas y levantamientos accidentales. Con todo mostraba una escena clásica y estática realizada en un grabado ancho, profundo y claro; expresa-

¹⁰ Un ejemplo del mismo problema en el estudio del arte rupestre paleolítico en González Morales, 1994. Y en general sobre la crítica al subjetivismo en un conjunto de documentos de parecida factura.

ba una etapa de un mensaje que fue grabado, como había propuesto Celestino, de forma extremadamente esquemática tanto en el mínimo común significativo de un humano, como en la expresión de lo que parecía ser únicamente una lanza, un escudo y un casco.

Un hallazgo así, que confirmaba una expectativa en la repetición de un orden, de una disposición de objetos o figuras, no era único en la investigación de las estelas decoradas. Pero a quien esto escribe el hecho de extraer personalmente el dato del acierto, le reportó un reverente interés sobre el método que lo obtuvo. La razón es comprensible: la hipótesis de Celestino, formalizada en el procedimiento de la inducción y confirmada en Arroyo Manzanas, había captado una norma de significantes redundantes. La probabilidad de que nunca se hubiese confirmado su hipótesis, de no existir esta norma hubiera sido casi infinita.

La relación entre esquematismo y ausencia de armas es una de una lista interminable de posibles criterios de semejanza y no afirma nada de la dirección evolutiva de la creación de estelas¹¹. El valor de aquella confirmación era y es el de la captación de fenómenos implicados en el proceso de pérdida o ganancia de un significativo. Indica que en la Protohistoria se produjo un momento semántico en el que se cumplía con la imagen de un humano, una lanza y un círculo sin relleno y que ese momento no tiene que ver con la presencia o ausencia de los objetos *sino con el esquematismo* de la representación del hombre: capta una norma en el más evanescente de los procesos mentales, el de simbolización. Al cumplirse una expectativa que se formó asociando semejanzas, no solo se muestra la bondad del trabajo de Sebastián Celestino sino también la de ensayar criterios de semejanza-agrupaciones por igualdad como camino de observación de tales fenómenos mentales del pasado. Es una forma de inducción -la de agrupar los criterios de semejanza de las estelas- que se utiliza, en resumen y como ya se ha dicho, como instrumento muy pobre para acceder adecuadamente a la complejidad de lo social pero que innegablemente funciona (como se demostró en la estela de Arroyo Manzanas) con muchas de las resultantes de tal complejidad. La inducción en fenómenos del lenguaje a partir de criterios de semejanza, es útil en tanto se mantenga la redundancia de signos y por tanto normas, en cualquier tipo de intercambio de información pero se equivocará cuando se pro-

¹¹ Grande del Río (1987: 195) en su estudio sobre la pintura rupestre esquemática del centro-oeste de la Península, afirma, p.e., que los esquematismos (anteriores, en algunos casos a las figuras naturalistas) vuelven a cerrar los últimos capítulos de evolución del arte rupestre.

duzca en ellos un cambio. Teóricamente su aplicación es válida para fenómenos estáticos y regulares y es inevitable que sus efectos proyecten esa cualidad al conjunto de fenómenos en el que lo hace, aún cuando estos sean de naturaleza dinámica e irregular.

5.

Que la estelas contienen un lenguaje formal, en el que el esquematismo es un dato estructural, es una posición que Manuel Bendala ha defendido durante años (1977, 1995), en el contexto de su conocida teoría del origen egeo y geométrico de sus significados y significantes¹². Otros, le han seguido en considerarlas un lenguaje simbólico común a un territorio y a unas élites (p.e., Galán, 1993: 52). Le debemos, por tanto, la solitaria búsqueda de un principio de coherencia interna tanto de lo qué dice el vestigio cuanto del cómo lo dice. La teoría de Bendala procede de la comparación con otro sistema complejo de representaciones que es considerado desde hace tiempo un lenguaje formal.

Pero antes de llegar a su trabajo, al agruparlas por parecidos ya estaban siendo tratadas como si constituyesen un lenguaje y fueron tratadas así mucho antes de obtener, con la muestra actual, las pruebas. Ahora, basta con analizar el margen decididamente discreto de las rectificaciones documentadas para confirmar el respeto a ciertos códigos. P.e., el del mínimo significante que se encuentra ya regulado en la estructura de las estelas IIA y se ha visto confirmado con más hallazgos desde que se propuso (Varela y Pinho, 1977). Es una norma, también, que en las armas de las estelas básicas se disponen siempre a los lados de un escudo y sus puntas se disponen en sentidos contrarios, incluso cuando se dibujan juntas como en la de Solana de Cabañas. Otras son más difíciles de captar y se mostrarían en las rectificaciones de posición del carro en las estelas de Olivenza y Solana de Cabañas¹³ o en los añadidos de p.e., las estelas de El Viso. Un caso especial lo tiene la posición y relación en general del

¹² Un ejemplo de la lectura corporal de esta hipótesis en Chic García, G.: *Las estelas del SO. hispano y el arreglo corporal del guerrero. Lengua y cultura en la Hispania prerromana*. Salamanca, 1993. pp. 273-279.

¹³ Las rectificaciones respecto a la figura del carro en las estelas de Olivenza y de Solana de Cabañas son contradictorias. Mientras en la de Solana de Cabañas las piernas del humano se doblan buscando la posición de la caja del carro en la de Olivenza la rectificación trasladó la caja del carro de los pies del humano para dibujarlo a su derecha

humano con los escudos en las zonas del Guadiana y del Guadalquivir, que no guarda paralelos con la norma y proporción que tienen los escudos en el Valle del Tajo y sierra de Montánchez.. La reutilizaciones serían, al menos y según esto, indicios de normas de un lenguaje modificado por el tiempo y al que no podemos todavía acceder. Algunos casos acumulan intenciones para nosotros tan confusas que podrían desviar la atención de este hecho. En la estela de Torrejón del Rubio IV, p.e., se reutilizó en parte la imagen de una lanza para obtener lo que sería probablemente la imagen de un espejo. El resultado, un híbrido entre lanza y espejo donde todavía más, se había intentado, probablemente ensanchar parte del astil de la lanza para que actuase como mango del espejo y, después, diferenciar este mismo mango del astil dibujando otra lanza independiente. También en esta estela aparece rectificada la posición del mango de la espada, cambiando el sentido en el que esta se dispone. Con todo, parece difícil interpretar esta reutilización sin acudir a conductas normativas. El problema del código y la vigencia de este se encuentra también en la serie de las estelas en las que se encuentran figuras representadas con incisiones diferentes y que se interpretan como reutilizaciones (Celestino, 1994: 100).

Otro de los indicios de este lenguaje sería el esquematismo. Un aspecto que también concentró la atención segmentadora. Barceló, en 1989 atendía al esquematismo del trabajo en una espada pistiliforme en la estela de Baraçal para decidir que las primeras se realizaron en el norte de Cáceres-Portugal, coincidiendo con el siglo IX a.C.; pero es Celestino otra vez quien más ha profundizado en el fenómeno. Una de las características de su zona I es precisamente que todas las armas se han realizado con incisiones sin acudir al rebaje de las superficies decoradas siendo además característico de este núcleo la simpleza de los dibujos (1994: 96); además, la antigüedad de esta zona se confirma con el hecho que en las estelas de su zona II comienzan a rebajarse el interior de algunos objetos y a contornearse la figura de otros. La clave la tienen, para este autor, la interpretación de estelas como las de Torrejón del Rubio IV en las que ve el añadido de una figura humana sobre una estela de las llamadas básicas. En ella, además, se podría documentar la superposición de dos técnicas: una anterior, por incisiones simples, que aquí habría servido para realizar una estela básica y otra posterior a base de ensanchamientos del rebaje de los objetos. Es decir, que, por lo menos aquí el trazo simple es anterior al refinado, con lo que un antecedente básico del esquematismo, el trazo, demostraría su precedencia. Las estelas de Cabeza de Buey I y Alamillo poseen sendas espadas salvadas del esquematismo porque han

sido representadas independientemente; ello quizás indica que el esquematismo está asociado a la figura humana o que la espada se añadió con posterioridad (Ibid: 111). En el conjunto de las losas estudiadas por él, *cuando se incluyen aquellas en las que no se documenta un humano*, las de pocos objetos no son las más esquemáticas. Suponiendo que la simpleza estilística procede de la evidente posibilidad de que fueran artistas eventuales los que realizaron estos objetos, defiende la dificultad de establecer un criterio de evolución a partir de tales estilos (1993, 98) aún cuando las estelas diademas muestran esquematizaciones similares a las de las estelas de guerrero pero en un formato menor (Ibid: 93).

6. El origen de la categoría /cuerpo humano/ en las estelas decoradas.

Las redundancias propias de un lenguaje pueden ser captados con la simple agrupación de igualdades y parecidos de sus signos, independientemente de la pérdida, ganancia o modificación de los significados en el transcurso del tiempo. La construcción de todo lenguaje depende, por tanto, de esa capacidad en quienes lo practican. ¿Es lo que explica una de las cuestiones iniciales, la de las razones de la obviedad de la inclinación a agrupar?. Sería de sentido común la asunción de esas normas porque hipotéticamente se comportan en general como el universal proceso del lenguaje humano. Es un principio señalado ya por Chomsky (1974) que podemos extrapolar a nuestros ancestros del hinterland tartésico. Si es aceptado, la cuestión sobre el éxito de la segmentación entre estelas que contienen la figura humana y las que no la tienen puede expresarse de forma más concreta en la de las razones de formación de precisamente esa norma significativa, en realidad, trasladarla a ontogénesis del símbolo cuerpo.

La tradición semiológica europea desde Saussure sostiene que las palabras y los signos sólo adquieren sentido por las relaciones que los asocian entre sí y que a su vez mantienen relaciones productoras de sentido. Existe por tanto la expectativa de una organización subyacente a la codificación en cuanto aceptamos un símbolo, dependiendo su significado de la descodificación de las relaciones que mantenga en aquella organización. De ello se sigue que tan solo con aceptar el cuerpo humano como significativo se produce la consiguiente expectativa de estructura de significados, de armazón lógico, que le dan sentido. Ese aislamiento conceptual del cuerpo humano que supone su grabado en las losas, sin embargo, nos parece obvio aún cuando, como toda segmentación artifi-

cial del mundo, es un contenido de la cultura; nos parece externa a la formulación del lenguaje y adquiere la forma de realidad independiente, cuando no lo es (soy incapaz de concebir un cuerpo humano sin la Realidad que lo explica). En las estelas el cuerpo se expresa, en la bibliografía se aísla: la distancia intercultural se reduce al menos en este punto, en la adquisición del cuerpo, como categoría.

Una categoría siempre puede ser concebida como un instrumento que sirve para vivir y que carece de sentido si no logra proporcionar a quien la ostenta formas de conocimiento de validez inmediata o útiles para su entorno, aún cuando no estén científicamente refrendadas. La explicación del aislamiento conceptual del cuerpo adquiere con este referente una nueva cualidad, la de que forme parte de estrategias adaptativas. Sea que se proyectó en las agrupaciones de estelas una lógica contemporánea basada en una experiencia actual sobre el significado del cuerpo o se hizo utilizando el sentido común al segregarlo, sin mayor fundamento empírico, en realidad se utilizaron formas de Heurística¹⁴ que lo convierten en categoría. Es este un método respetable por lo extendida que está en nuestra cultura como primera provisión ante lo desconocido; una técnica que aquí se alimenta y es alimentada por la *sensación* de que, efectivamente, las agrupaciones fundamentada en el cuerpo se corresponden con fenómenos de comunicación reales en el pasado, pero que no supera, por falta de argumentos adonde acogerse, la crítica en su aplicación social. ¿De dónde procede entonces esa sensación? ¿Cuál es su valor científico?. ¿Se trata de segmentaciones relevantes en el pasado o son una engañifa de prejuicios imposibles de desenmascarar?. La respuesta no va más allá, de momento, de la justificación de tal agrupación por adecuada que parezca como una estrategia heurística, que se basa y sustenta la capacidad de inducir; como una estrategia que ha demostrado utilidad en la detección de lenguajes formales, como muestra el ejemplo de la estela de Las Herencias.

7.

En la observación del pasado a partir de restos materiales se ofrece un campo en el que se utiliza de modo habitual la heurística agrupación por

¹⁴ La expresión Heurística se emplea aquí en su sentido epistemológico general más que en el sentido de el Arte de Inventar: La heurística se contrapone a la lógica deductiva y pretende una metodología que facilite la consecución de hipótesis útiles.

semejanzas (Hodder, 1991: 153). Aquí el parecido y sus jerarquías son la base de toda tipología. Naturalmente, se arguye, parte de la expectativa de una estructura oculta y análoga: utensilios iguales implican procesos de fabricación iguales, necesidades análogas y finalidades parecidas que consecuentemente implica a otra expectativa estructural: la económica¹⁵. La fabricación redundante de objetos iguales supone un ahorro de energía, de costes y precio, análoga a la del ahorro de energía que facilita el ordenar un almacén por semejanzas. Nuestra predisposición actual a reunir los restos arqueológicos por parecidos podría por tanto fundamentarse en una instancia económica (Leroi-Gourhan), en una lógica histórica de optimización energética. Una lógica que alcanza a la transmisión de la información entre individuos y la obligada normativa que toda comunicación debe poseer. Pero ciertamente tampoco la arqueología surgió de estos supuestos teóricos sino luego de la actitud práctica y coleccionista de la agrupación por igualdades. Los criterios de semejanza con los que se clasificaron incluso aquellos objetos con apariencia de mensajes ideológicos no fueron ni son especialmente complejos y están muy lejos de una elaboración teórica previa: si aparecen dos representaciones humanas iguales se clasifican, sin más, en un mismo nivel semántico y esperando una analogía social y oculta donde en sentido estricto solo la hay formal. ¿Significa esto que cualquier expresión de cultura material cuando se analiza utilizando la agrupación por parecidos (creando categorías) recibe el tratamiento de aquello que asume significados y significantes, se analiza siempre *como si* fuese un lenguaje?. De ser así (Hodder, 1991: 149) el procedimiento de agrupar por semejanzas sería una única red disponible que al ser utilizada en el estudio de las sociedades humanas ha captado (al adquirir redundancias) la parte susceptible de clasificación orgánica que hay en ellas. ¿Es posible una clasificación orgánica sin la expectativa de una estructura lógica subyacente y correspondiente a esta cualidad?

Una respuesta afirmativa sugiere que la aplicación de la teoría de Chomsky debe extenderse: la gramática universal e innata (Chomsky, 1984: 35 ss.) que permite traducir unas lenguas a otras es un concepto

¹⁵ Esta trastienda de la analogía es similar en el conjunto de sus aplicaciones. Aunque se refiere a la cibernética, estas palabras de Margaret Boden (Boden, 1984: 409) valen para todos los casos: *Cuanto más sutil es la analogía menos simple es hacer que un sistema computacional sea capaz de crearla o interpretar adecuadamente. Pero esto es porque las reglas requeridas son complejas, no porque no se requieran reglas: las analogías no se extraen por magia.*

aplicable a los ámbitos de conocimiento en los que la experiencia obtiene resultados, en forma de símbolos o categorías, al utilizar las comparaciones y por derivación, por tanto a toda estructura clasificatoria. Si se reconoce que ese impulso normativo (imprescindible al lenguaje) de la agrupación-separación por semejanzas es una pulsión independiente al campo en el que se aplica, la consecuencia es que de modo implícito se aceptan analogías estructurales al nivel de la «gramática» entre la forma en la que se comportan la Naturaleza, las sociedades humanas y fabricación de objetos. Así, el conocimiento acumulado por clasificadores de las diferentes culturas es coherente (es entendible entre sí) porque se ha elaborado como si detrás de cada parecido susceptible de categorización existiese un lenguaje formal.

Este argumento de la aplicabilidad de la gramática universal e innata de Chomsky extensible a todo sistema de agrupamientos, ahora en el estudio del pasado y a partir de restos materiales, permitiría hacer el salto intercultural, no solo en la captación y traducción de los significantes sino también, y más interesante, en la traducción de la estructura de los significados. Los fundamentos de la traducibilidad se encontrarían en la que se produce entre las categorías emic y etic, en el modo en el que concuerda la propensión a ordenar jerárquicamente con la observación del entorno inmediato. Es el caso de las taxonomías naturales, donde las diferentes clasificaciones son la base de la mayor parte de las investigaciones cognitivistas, hayan o no renunciado a la comprensión de estructuras sociales a partir de ellas.

Desde Mauss y Durkheim, con su propuesta de que las categorías lógicas son categorías sociales, los antropólogos han propuesto diversas formas por las que éstas se proyectan en la realidad. La Etnología ha buscado concienzudamente los conjuntos mentales de los primitivos entrevistados a través de procedimientos complejos como los de Flake (1962) y toda una batería de métodos de campo. Por sus resultados sabemos que los fenómenos son de una complejidad elevada y en modo alguno priorizan la atención al aparato receptor en relación al instrumental lingüístico. En ese sentido parece establecido, p.e., a través de los estudios sobre discriminación cromática (Conklin, 1973), que determinadas estructuras de léxico (formas de segmentar la Realidad) pueden determinar la percepción de los colores. Es la confirmación de la famosa hipótesis de Sapir y Whorf: los hombres contemplan el mundo según las categorías semánticas y las posibilidades articulatorias de cada lengua.

A su vez las categorías primitivas tienen su base en los campos de la experiencia, en el mundo en el que se produce la adaptación del grupo

que las utiliza; formas de orden que se utilizan para discriminar recursos y para engranarlos en la propia formulación cultural (Hallpike, 1986: 164 ss.). Por otra parte desde los primeros intentos de conocer las categorías primitivas, quedó patente la impresionante precisión con la que las segmentaciones «primitivas» de la realidad se habían ajustado a categorías con una enorme consistencia científica. Todavía más, clasificar y clasificar adecuadamente no solo ha sido una constante del conocimiento primitivo sino también una de sus delicias. Lévi-Strauss (1988: 201) llegó a proponer que la fascinación que sobre los etnólogos ha tenido el totemismo procede de la fascinación que la categoría «especie» (una agrupación por semejanzas ejemplar) ha ejercido siempre y en todas partes sobre los hombres. Lo adecuado de una clasificación primitiva era y es captado como tal por el antropólogo porque éste reconoce la utilidad real de la misma en el contexto de supervivencia; reconocimiento que es una forma de vínculo intercultural, reconocimiento que es también un indicio de gramáticas compartidas.

La relación entre Antropología cognitiva y la Arqueología cognitiva es precisamente que busca no tanto el estudio de los fenómenos materiales como el de la forma en la que están organizados en la mente del hombre (Reynoso, 1986: 34). Aquella tiene hoy en contra la decadencia del estructuralismo y unos críticos que proceden de lo más florido del materialismo pragmático y emergente (Service, Harris, Geertz). Ello hace difícil sostener un programa que defiende la existencia de estructuras psicológicas mediante las cuales se orienta en parte la conducta individual y social.

De las críticas más profundas que siempre recibió (p.e., Schneider, 1964) se podría considerar al cognitivismo en antropología como un área del conocimiento impura en el que se interpusieron inconscientemente demasiados conceptos *etic* y lo hicieron de tal modo que llegaron a ser la propia substancia de la investigación, la red seca que quedaba tras una pesca sin peces. Es una crítica que se hace a la obra de Goodenough pues es través de los conceptos *etic* como hacemos comparaciones y además es el trayecto obligado de la formalización de conocimientos.

Quizás tantas críticas [Chomsky, 1983: 138] han estado oscureciendo un camino por el que se produce una mutua iluminación, un puente, por llamarlo así, entre *emic* y *etic* que reside por ejemplo, en el propio y compartido algoritmo de la agrupación por semejanzas, imprescindible a la construcción de las dos. Y existe una buena razón para sostener la existencia de tales puentes sobre sus cimientos. Por ejemplo la filogenia de la especie.

Según las ciencias naturales de nuestro tiempo, toda estructura mental es una adaptación a la redundancia infinita del mundo en el que se adaptó la vida (Lorenz, 1939) y su acción una constante confirmación de la bondad de sus estrategias, las que como resultado de la filogenia evolutiva acomete la mente humana para adaptarse a entorno (Kaspar, 1984). A partir de este contemporáneo conocimiento sobre la evolución en la Naturaleza se ha de suponer que en un mundo de asociación necesaria de estructuras visibles con otras invisibles florezca más y mejor (o deje porcentualmente más descendencia) aquel que las agrupe de modo automático. Es lo que Rield (1983) llama la hipótesis de lo comparable: un algoritmo seleccionado por el entorno y presente en la vida como un aspecto más de su articulación general. La existencia de este tipo de algoritmos en la conducta mental de los animales, incluidos los humanos, no es algo que todavía hoy ofrezca dudas y deba ser probado. Baste decir que en la conducta animal la capacidad de agrupar por parecidos es, desde el punto de vista evolutivo, una capacidad filogenéticamente adquirida, una cualidad determinada por la naturaleza redundante de los fenómenos que interesan a la adaptación y que sólo tienen sentido ahí.

Una estrategia de adaptación adquirida filogenéticamente por tanto también por el hombre; capacidad de agrupar por semejanzas que es la base de toda clasificación¹⁶, la que en el Occidente de tradición helénica parece la forma básica de orden. Un orden que por tanto no procede de la lógica aristotélica sino que es previo a ésta.¹⁷

¹⁶ Esto es la expresión de un paso intermedio anclado en la tradición europea de Kant o una elevación en el ámbito de la explicación, como en Lévi-Strauss al defender la expresión del inconsciente a través de las formas sociales. Recuérdese que el sistema de éste constituye, al final, la representación visible de una proclividad natural del hombre para dividir y subdividir. No es difícil considerar este fundamento como herencia de Kant está el en origen filosófico de quien como Lorenz, defendió el origen filogenético de sus a priori.

¹⁷ La Arqueología cognitiva continúa siendo más un conjunto de intenciones que otra cosa. Algunos se contentan con que las teorías en Arqueología cognitiva pongan de relieve rasgos del pensamiento, p.e., prehistórico aunque no puedan revelar los pensamientos en preciso. La disciplina ha sido definida como el estudio de las formas de pensamiento de las sociedades del pasado (en ocasiones las de los individuos en ellas) fundamentado en sus restos materiales (Renfrew, 1993). Partiendo de esta holgada pretensión, la propuesta de un aparato cognitivo en los individuos del pasado rígido y capaz de captar las redundancias en su ámbito social, proporciona una vía de investigación sugerente. La idea de que el cuerpo siempre media en la transformación social porque se le atribuye un valor económico implícito aún inconsciente, no se hubiera formado si no se hubiese asentado desde mediados del siglo XIX (dC.) el concepto de *Valor*. Foucault (1962) sugería una analogía estructural con la historia los sistemas biológicos y lingüísticos. Esto es indicio de una profunda gramática común.

8.

Henri Bergson pensaba que nuestros conceptos no le deben tanto a la cultura cuanto a la selección de datos inconsciente que nuestro sistema nervioso realiza en la inmensidad de lo real. La inteligencia era para él una capacidad de reducir las percepciones masivas y desordenadas a utilidad, filtrando solo la información necesaria para la supervivencia. Al proponerlo estaba proponiendo también una técnica de extrañamiento, una forma de alejarse de la obviedad con la que la percepción redundante envuelve a los objetos. Según sus ideas, el estado habitual de vigilia, es esencialmente una conciencia insondable por su propia cercanía pero útil, tanto que sin ella es improbable la vida. Después, en el siglo XX, serían numerosas las propuestas de otras formas de conciencia alternativas desde las que analizar una realidad que solo es una perspectiva entre otras, una tradición también detectable en la Psicología de William James. Para Bergson, en la estructura de su pensamiento, el hombre encontró la forma de defenderse de la abundancia de información, perdiendo la capacidad de ver la Realidad tal como es.

La prueba de que la perspectiva bergsoniana de la selección de lo real es pertinente para adquirir conocimientos en arqueología se atiene aquí, en nuestro caso, a un conjunto de documentos, las estelas decoradas, que desde la perspectiva del filósofo, son el fruto, en último término, de una selección utilitarista, aquella de la mente y aquella del entorno al que deben adaptarse; en su modo: *Reconnaitre un objet usuel consiste sourtout à savoir s'en servir*. Ciertamente en los instrumentos parece accesible un análisis desde esta perspectiva. Pero sería en el otro conjunto, en el de los objetos que transmiten mensajes ideológicos, en donde subsiste siempre la duda de validez a la que más arriba se aludía. Bergson señala que la inteligencia actúa seleccionando lo útil para la supervivencia en el conjunto de datos infinitamente complejo y abundante de lo real. Cabe pensar que cuando la mente se enfrenta a una masa de acontecimientos, mensajes o percepciones más elaborados (y dado que se utiliza el mismo aparato) acontece lo mismo y se produce una selección automática y previsible de aquellos datos pertinentes para la supervivencia o al menos la adaptación¹⁸.

En 1920, Alexander Luria emprendió una serie de experimentos en los que quiso observar las transformaciones que se producían entre los

¹⁸ Si el hombre en sociedad es el constructor de un mundo, esto resulta posible debido a esa abertura al mundo que le ha sido dada constitucionalmente, lo que ya implica el conflicto entre el orden y el caos (Berger y Luckmann, 1968: 134)

campesinos de Uzbequistán en el trance de adaptarse al cambio histórico de pasar desde el feudalismo hasta el socialismo por virtud de la Revolución Rusa. El resultado de su labor (Luria, 1987) mostraba que aquella transformación económica se había convertido en una consiguiente transformación mental de quienes la habían experimentado. La intención de Luria era parcial, asumiendo la idea de la alienación (en el sentido marxista del término), y pretendía demostrar empíricamente lo que hasta entonces no era más que una de sus premisas. Según ella, la conciencia más profunda del humano, la estructura de sus pensamientos y la concepción general del mundo se transforma con el modo de producción y es determinado por éste. Las publicaciones que realizó de sus experimentos fueron las entrevistas, con los cuestionarios críticos, que él mismo recopiló, y constituyen todavía un documento único. En ellas se confirmaba lo esperado por la lógica del materialismo dialectico; desde entonces y con sus presupuestos, se conservan sus páginas como la prueba empírica de que modo de producción y pensamiento se alimentan y determinan mutuamente. Atendía en sus trabajos al cambio mental, que modifica la concepción y relaciones del mundo para cada individuo aislado cuando se produce una modificación económica del entorno. Partía de una concepción holística del problema puesto que en el materialismo histórico no es concebible (tampoco en el sistema de Bergson) una separación entre los fenómenos a los que se alude. Para ellos, tiempo, pensamiento y condiciones externas suponían un todo cerrado e indiviso; las segmentaciones, como las que se proponían al mundo de cada una de sus perspectivas eran, para Bergson, estrategias de adaptación y para Luria, además, resultados históricos.

Bergson había proporcionado en su tiempo una línea de explicación a las formas en las que se establecen fronteras en un universo donde no las hay y a la limitación radical que éstas suponen a la misma libertad de pensamiento. Una senda por la que puede entenderse el fenómeno observado por Luria. Sus leyes encierran al hombre que quiere analizar el mundo en una valla circundante de símbolos verbalizados (Huxley) que sabemos ahora determinados por millones de años de adaptación. Que explican la naturaleza de los conceptos que surgen y la de los mensajes que se construyen con ellos como posibilidades o instrumentos de adaptación. Al combinarlo con los resultados del experimento de Luria ofrece una propuesta sugerente, quizás una vía de discursión, para entender los procesos de cambio económico y de mentalidad en nuestra Protohistoria meridional y sobre todo para entender por qué los arqueólogos actuales (Pingel, etc..) poseían intuitivamente este conocimiento: el cambio ideológico correspondien-

te al cambio en el modo de producción se produce a partir de la selección que la percepción hace en los datos que afectan al individuo, escogiendo sin su intervención consciente. Es una opción epistemológica, por tanto, que acude al volumen o cualidad de la información sobre las condiciones del entorno tanto como al instrumento que lo analiza y proporciona, a su vez, una explicación al hecho de que las ideologías y sus mensajes necesitan y producen un ámbito conceptual compartido.

9.

La Inducción, actúa sobre marcos perceptivos en los que se produce la supervivencia. Al final, a quien tiene que adaptarse, no le interesa tanto conocer la inmensa complejidad sinérgica de un proceso cuanto sobrevivir en él: la inducción solo capta aquello que al final se repite significativamente. Es algo muy general y extendido: cuando un animal induce la repetición de un mismo fenómeno no precisa conocer la inmensa complejidad de la creación de un río, solo le interesa saber que puede acceder al agua siempre allí. Algo similar ocurre con el planteamiento de la acción de las inducciones en el medio social. Algo que tiene una importante consecuencia: al sujeto le interesa adaptarse a las condiciones estáticas, a las leyes de persistencia y a los signos de la redundancia del grupo en el que vive, pero también a sus cambios. Así la adaptación a nuevas condiciones solo es posible si éstas se convierten en nueva información perceptible y si eso ha significado una asimilación individual y grupal de nuevos conocimientos (Luria, *Ibid.*, 186).

Esto sugiere que, en nuestro caso, la aparición de las estelas y, después, la del cuerpo en ellas depende de un marco de conocimientos nuevos, sería la adaptación a nuevas informaciones en el entorno de quienes las construyeron. En resumen, si la perspectiva es la conducta cognitiva del individuo, la segmentación intuitiva llevada a cabo por Pingel y aceptada por los siguientes investigadores, consistente en separar-agrupar aquellas estelas que contienen la figura de un ser humano habría captado una categoría adaptativa, en el sentido de expresar un fenómeno social concreto e interesante. Pero el instrumento que lo consigue, al obtener un resultado, reduce simultáneamente su entidad para convertirlo en una convención referida a la adaptación: el cuerpo se ha convertido en un elemento que solo emerge porque el armazón lógico de ésta le da contenido. Es decir, también en lo que se refiere al cuerpo: *Reconnaître un objet usuel consiste sourtout à savoir s'en servir.*

El cuerpo es el primer paciente del poder, forma parte de la cultura material y por tanto es un potencial objetivo del interés histórico a través de sus fuentes arqueológicas. Desde hace tiempo se han analizado las formas y los tiempos en los que el cuerpo fue objetivo del control político, vigilancia sistemática y represión (Foucault en toda su obra), las características que adquiere la dualidad clásica de mente y cuerpo, etc. Pero es en el ámbito de la reorientación cultural como indicio de reorientación de la estructura económica en la que cabría incluir el problema del significado del cuerpo en las estelas. Norbert Elías (1989) y Bajtin (1987), p.e., y desde distintas bases han observado en la Edad Media como el cuerpo media en la transformación social y es, además, el signo visible de la misma. Para estudiar su evolución surge una dificultad, la del salto que supone acceder a perspectivas ajenas del cuerpo desde la obviada de las propias (Boltanski, 1977). En este caso, desde una concepción actual del cuerpo como un insaciable organismo de consumo y placer (Porter, 1993: 274), determinada por la estructura económica que sostenemos, hasta lo que supongo sería una protohistórica autoconciencia del cuerpo muy diferente. Esta es, en general, la estrategia que sigue la investigación de las concepciones del cuerpo en las culturas con un sistema productivo análogo a los que esperamos de la Protohistoria ibérica. Así, la investigación en la cultura popular europea (Burke, 1991), muestra que el propio cuerpo se concebía como un elemento más y esencial en la lucha por la vida. En esta clave, cuando se expresa a través de un medio, se expresa como instrumento que hay que mantener sano, alimentado y contento (Loux, 1984: 16 ss.); los intentos de represión de sus tendencias (siempre se concibe como anárquico por parte de las clases dirigentes) se produce siempre en función de un interés económico más o menos explícito cuya finalidad última es cambiar la concepción del propio cuerpo por parte del dominado) y siempre en función de una explotación. En este sentido la proclama del modelo de mujer por parte de los dirigentes cristianos primitivos sería paradigmática, como la aplicación del principio en la cultura nahuatl (López Austin, 1980: 483).

El más importante de los vínculos entre el individuo y su entorno social es su propio cuerpo¹⁹. Por eso su concepción varía históricamente (Weber) según se modifique el carácter y la naturaleza del vínculo; su imagen se adapta a las circunstancias y ocupa un lugar en el complejo ideológico que sustenta un determinado modo de control y producción.

¹⁹ Hablar de cuerpo en términos dualistas no supone aceptar su segregación.

Cuando el hombre se externaliza construye el mundo en el que se externaliza y proyecta sus propios significantes en la realidad; pero estos ya están codificados por la estructura económica en la que vive, son anteriores a la elaboración del mensaje. La reiterada posición frontal que ofrecen tanto los objetos como las personas en todas las estelas exponen patrones de conducta hacia un espectador, como demuestra la evidencia (Almagro-Gorbea, 1977: 163) de que se hincaban en el suelo y por tanto sus guerreros de mostraban en pie. Esta proyección del cuerpo, que incluye naturalmente la autoconcepción del propio, es una resultante histórica y está determinada por la información y sus cambios. Sea porque el propio cuerpo se concibe como relevante desde el punto de vista de la obtención de los propios recursos, tanto como lo son, vía prestigio, expresión de riqueza o violencia, los objetos que allí se representan, sea porque el propio cuerpo se asume como reducto de poder, antes de la concepción del propio cuerpo por quien se hace representar allí o por quienes ordenen la representación, se ha de producir la categorización del cuerpo en el discurso ideológico compartido. Debe estar ya separado del mundo, de la obvedad. Cuando un mensaje se trasmite el lenguaje en el que se hace ya está formado.

10.

Como se dijo las ostentaciones de objetos de prestigio en las estelas se vienen asociando a la aparición de una clase aristocrática y dirigente, siguiéndola esta lógica posible concluir que el nuevo marco informativo sería esta acesión, esta concentración de recursos en estos grupos que supone un nuevo orden.

No es necesario recurrir a esta clase dirigente para explicar las estelas: a lo largo del desarrollo de la Cultura de Cogotas I²⁰ se produjo un proceso de acumulación de excedentes y objetos metálicos que podemos observar en los ya numerosos hallazgos de depósitos metálicos que, como se sabe, y aunque aparecen muy raramente asociados a las cerámicas-guía de esta cultura material, se extienden por su misma área y cronología (Romero y Jimeno, 1993). Sería, como en el suroeste, una clase dominante en su control de recursos (Delibes y Romero, 1992) que, además, habría

²⁰ Castro, P.V.; Mico, R, y Sanahuja, M.E.: *Genealogía y cronología de la Cultura de Cogotas I (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico)* BSAA, 61, 1995. pp. 51-118.

dejado muchas más evidencias reales de su instrumental que los, en comparación y por ejemplo, relativamente escasos, datos extremeños. La cronología de los depósitos, incluyendo la famosa fíbula de codo de San Román de Hornija establece un paralelos entre los objetos de los depósitos y los que aparecen en las estelas. ¿Porqué en la Cultura de Cogotas I, con clases dominantes y depósitos de metales no se grabaron estelas?

Este argumento me sirve para, al menos, poner en cuestión que las estelas hayan surgido como consecuencia de la aparición de una nueva clase aristocrática aún cuando ya tiene esta teoría una amplia acogida. A mi juicio, la expresión del cuerpo en las estelas constituye un fenómeno que debe ser relacionado con un cambio de valor económico. Debe constituir parte sustancial de una nueva información sobre el entorno inmediato que ha sido modificado. Es decir, que no puede proceder, como expresión de cambio, de algo que no ha cambiado: en este caso la estructura oligarquica de la sociedad.

Sería posible discrepar de esta idea de que la sociedad que ostenta las estelas es básicamente la misma que la que suponemos cocía sus cacharros de Boquique y Excisión, pero muchos de los argumentos se habrían de sustentar en las tradiciones académicas. Un ejemplo es el de la caracterización del mundo funerario: Cogotas I es una cultura material asociada a inhumaciones, mientras que la del Bronce Final de la vertiente atlántica ostentaba un ritual que no conocemos (y probablemente tenía que ver con depósitos en lagos y ríos). En comparación a otros tipos de hallazgos, los atribuibles al mundo funerario de Cogotas I son escasísimos y, lo que es más importante, de una extraña factura: la mayoría son inhumaciones múltiples (San Román de la Hornija, Los Tormos de Caracena, Perales del Río). Dada la extensión en el tiempo y en el espacio de la Cultura de Cogotas I cabe, también al menos, preguntarse si lo registrado describe el completo vestigio funerario, tan solo una parte, o acaso la expresión arqueológica de otra cosa. El cambio registrado en las cerámicas, la minuciosa atención a los elementos decorativos ha polarizado la expectativa del desarrollo histórico a la delimitación de fronteras entre Bronces Finales, dificultado un modelo de continuidad, en este caso funeraria, entre Cogotas I y el mundo del comienzo del I aC. en Extremadura: en este caso, p.e., que el ritual sin vestigios del Bronce Final extremeño sería uno de los aspectos del mundo de Cogotas I.

Una imagen corporal donde no se produjo antes es una forma de conducta y como tal puede ser indicio de cambio económico, de una función nueva en el modo de producción que se ha modificado (Firth, 1977: 50). De los datos que se poseen sobre la naturaleza de ese cambio no es bala-

dí el que nos proporciona la concepción del propio cuerpo esperable en los individuos del Bronce Final a juzgar por la economía que traslucen: esto es que siendo, teóricamente, como es la primera herramienta del sustento y un elemento más del modo de producción doméstico, sin embargo, no se representa. Partiendo de un sistema de representación que no lo contiene, su aparición corresponde a proceso económico y cognitivo en el que el cuerpo (y otras cosas, como las armas) adquiere una dimensión económica nueva. De ello participa la lógica implícita en las afirmaciones de que las estelas representan la imagen de unas clases dominantes asociadas a objetos de prestigio y se fundamenta en el valor del significante, para estas élites, en la imposición de su dominio. Según esto, el cuerpo constituido en instrumento de control y violencia adquiriría un nuevo sentido en el modo de producción; de ahí su aparición en las estelas. Pero éste es un argumento que como se ha visto no se atendería a la acumulación de parecidos instrumentos de violencia en otras partes de la Península. ¿Qué proceso puede atribuirse a ese arco entorno al núcleo tartésico para suponer una nueva función económica al individuo?.

11.

Toda alternativa que posea la virtud de explicar la naturaleza ideológica de los mensajes de las estelas y sobre todo la de su aparición limitada debe acudir a explicar la modificación del valor del cuerpo humano en la sociedad que las ostentaba. Es una condición que puede añadir más dificultades. La sola inclusión del concepto valor añade al problema una ya importante elaboración teórica sobre su significado en el pensamiento antropológico. Valor es una noción empleada de muchas formas (Firth, 1964; Dumont, 1987) desde Max Weber o Radcliffe-Brown; lo complejo de su utilización sin entrar en normativismos, o la simple dificultad de reconocer y aislar valores ajenos a nuestro sistema, explica la discursión abierta en torno a su problemática. Con todo, la corriente de pensamiento originada en la atención de Mauss a las cualidades del intercambio como referente del valor, coincide con la teoría marxista del valor-trabajo en la premisa de un armazón productor de sentido. Algo que se fundamenta en la naturaleza significativa de todo lo intercambiable y mensurable en un espacio homogéneo aún teórico (mercado). La búsqueda marxista del valor-trabajo perseguía el significado profundo del valor económico, más allá de los conceptos de precio y valor de uso, y a ella le debemos el hallazgo de que el valor económico es, a la postre, el resultado del esfuerzo

humano invertido en la producción de una mercancía. Siguiendo este camino, la variación del valor de un objeto, de una mercancía, sería también explicada por las variaciones del trabajo humano que fue invertido en él.

Con la tecnología de las sociedades del Bronce Final y del Hierro Antiguo es difícil establecer qué elementos de la producción propia pudieron implicar una variación en el esfuerzo para obtener una mercancía. Obtenerlas siguió invirtiendo una cantidad de trabajo uniforme quizás reducida por la tecnología de la cerámica a torno o la metalurgia del hierro. Sería en los objetos de las estelas y en los depósitos de metal, además de otras manufacturas que apenas han dejado huella: tejidos de lujo, vajillas (Ruiz-Gálvez, 1995) donde se registraría esta acumulación de trabajo-valor. Suelen ser objetos importados o al menos fabricados en lugares específicos (Peña Negra, p.e.) cuyo intercambio se produce por un aumento de la cantidad de trabajo y esfuerzo en el propio grupo que las importa. Se diría que de las cosas que se representan en las estelas, únicamente los cuerpos humanos no suponen un valor de trabajo acumulado para los grupos que las grabaron... Aunque quizás, esa sea una afirmación solo sustentada por nuestro sistema de valores. Eduardo Galán (1993: 78) sostiene que si atribuimos una mayor antigüedad a las estelas sin humano se debe a un concepto egocéntrico en el que toda figuración humana representa un paso cualitativo en la representación. Creo que algo así juega a favor de una atribución diversa entre imágenes de humanos y de objetos.

Si se ha de considerar al valor de todos los objetos aparecidos en las estelas en un mismo nivel semántico, debemos también considerar al valor del cuerpo humano como un producto del trabajo, algo que adquiere valor por la propia inversión en esfuerzo que supone conseguirlo. Como los demás, una categoría que se trasmite como lenguaje a las estelas porque es un valor económico compartido por uno o varios grupos y que se fundamenta en un ámbito de intercambios en el que funciona, *entre otras cosas*, como mercancía. Para que esto pueda llegar a ser así se necesita simplemente que se haya producido una modificación en el escenario económico en el que por alguna causa, el cuerpo humano no solo sea rentable en la articulación económica de un grupo sino que, además, sea necesario añadir trabajo que le transfiera valor. Si se quiere que la asimilación sea completa ha de recordarse que también para esta categoría se cumple que su valor depende del de la materia prima y de los bienes de equipo necesarios para su producción.

Esto me permite defender que la expresión del símbolo humano en los grabados de las losas o en las propias losas solo fue posible porque transmitían un lenguaje ideológicamente determinado en el que la categoría cuer-

po humano ya existía. Pero no pudo llegar a serlo si antes no fue considerado una mercancía. El modo en el que se forma esta categoría no es distinto al de los objetos de prestigio ordenados junto a ellas: proviene de una transformación del entorno en la que el cuerpo humano adquiere un valor inusitado: como las espadas o los brazaletes, las jarras tartésicas o los braseros, su obtención supone la inversión correspondiente de trabajo (normalmente ajeno), la utilización de bienes de equipo y hasta medios de producción procedentes de la naturaleza... ¿Puede ser otra cosa que esclavitud?

En la Antigüedad el trabajo forzado era invisible. *De meme qu'Aristote ne pouvait comprendre la nature du travail faute de considérer celui de l'esclave, le bourgeois reste aveugle à l'existence sociale du prolétaire. Le prolétaire n'est pas 'homme': il n'est qu'en bordure de l'humanité. Travailleur 'abstrait'* (Meillassoux, 1994: 123). La adquisición de un sistema de valores fundamentado en un determinado entorno histórico proporcionó unas categorías y una estructura lógica que las dotaba de sentido, y de ello un lenguaje, y de ello una ideología.

Para que una mercancía lo sea, debe primero existir demanda. Cuando sobre la mercancía se incorpora trabajo su valor aumenta y con ello la atención hacia ella de un aparato perceptor que logra la supervivencia gracias a la atención sobre las redundancias (y su valor energético) en los entornos cambiantes. Cuando esta se fija, suele producir categorías. Y, además, todo eso hubo de ocurrir en un área limitada, sin grandes recursos (Celestino, 1995) y en un tiempo en el que comienzan a producirse oleadas de intercambios comerciales y, menos, tecnológicos y culturales.

Dicho de otro modo, las estelas fueron arte de cazadores de hombres. La búsqueda de trabajadores para las minas tartésicas, transformó profundamente la economía, la sociedad y por tanto la mentalidad o valores de una población similar en forma de vida y pensamiento a las de la Meseta en el Bronce Final pero que rodeaban al núcleo minero. Una transformación que podría describirse como la de la formación de una categoría mental consecuencia de su ocupación más rentable: el hombre como mercancía de intercambio. Como las espadas, los escudos, las fíbulas, la presa humana adquiere su valor del esfuerzo y los medios de producción que se le añaden en su captura, mantenimiento, transporte. El modo de producción determinó una forma de alienación ²¹: el cuerpo

²¹ El término alienación se emplea aquí en el sentido original del primer libro del Capital. Aquí, la mercancía como un fetiche o la imagen de un ídolo, es la corporeización de las fuerzas y atributos humanos. Lukács consideraba a este fetiche una auténtica cosificación de las relaciones humanas y por tanto del propio sujeto.

como mercancía es lo que genera la categoría cuerpo; pero también la asunción del propio cuerpo como mercancía es lo que genera la categoría del cuerpo del jerarca. Y de ahí la posibilidad y hasta el apetito de su representación por parte, ¿por qué no?, de las élites guerreras. Los cuerpos representados en las estelas (con la excepción probablemente de Ategua, Zarza Capilla III y Capote) no muestran a los esclavos, sino a quienes los cazaban y comerciaban con ellos.

Un ensayo sobre la colonización contemporánea en Africa (Binet, 1970) le ha dado título a un trascendental efecto del cambio económico en Africa contemporánea y sugiere llamarlo cambio en la psicología económica. Una transformación psicológica concreta causada por las modificaciones del espacio de habitación, por la llegada del dinero como valor de referencia incluso de las actividades humanas más sacralizadas, etc. Este tipo de ensayos, al atender a cuestiones sobre todo antropológicas no han querido entrar en los efectos que esta transformación psicológica han tenido en lo que nos interesa por comparación a las estelas: los objetos fabricados durante la misma y las categorías que aparecen con la nueva articulación económica están siempre referidos a su valor (p.e., a la obtención de un valor que antes no tenían). Es el caso que muchos de ellos comparten una modificación del entorno similar a la de los comienzos de la colonización fenicia: han sido testigos de procesos de colonización desigual en los que al menos teóricamente la forma de vida de un grupo, incluida la obtención y reparto de recursos se han visto profundamente modificadas o al menos afectadas por el contacto con un sistema económico diferente.

Aún menos se ha observado la transmisión de valores de lo que en teoría es una cultura avanzada e individualista como la de los colonizadores más recientes hacia otras que no lo eran tanto. Y es posible que detrás de ese individualismo y ese progreso se escondiese la única concepción del cuerpo humano posible en el capitalismo: la reificación (Lukács) que supone al cuerpo humano como mercancía. Y que ello le permitiese a los etnólogos el estar bien dotados para entender cierta lógica, la de aquellos que alguna vez fueron cazadores de hombres.

Dado que todo modo de producción es un entorno social al que un individuo debe adaptarse de una forma u otra, la capacidad de agrupar por semejanzas es uno de los cauces por los que se encaja el río de lo que culturalmente se podría llamar el orden del mundo tanto a nivel epistemológico-

co como sociológico: normas de clasificación y de conducta que son a la postre una manifestación de la estructura continua de la percepción en el entorno. Como recuerda Bergson es el cerebro el que forma parte del mundo material y no el mundo material quien forma parte del cerebro. Así es muy difícil encontrar un sistema de proposiciones que pueda aludir al problema sin emplear un instrumento que no lo contenga. El lenguaje, todo lenguaje, es siempre un sistema analítico de John Wilkins²², participa esencialmente de esta estructura, todo él es una inmensa lista de criterios de semejanza, de comparaciones, un modo primigenio de segmentación del mundo. Utilizarlo para analizar su propia estructura contiene la misma disfunción que la del ojo que quiere verse a sí mismo. Por ello, cuando se quiere asignar a las proposiciones una carga de exactitud se corre el riesgo de desvirtuar el continuo en el que tiene estas tienen sentido. Y este continuo es la propia percepción humana contemplándose a sí misma.

Desde el punto de vista del investigador actual, la propia acción de agrupar los objetos de las estelas y más concretamente a las que contienen figuras humanas son lo que podríamos llamar un efecto Bergson-Luria. Un efecto consistente en la selección, en los datos de un conjunto de información social, de aquellos relevantes para la adaptación en un agregado humano incluso cuando esta información se reduce a una documentación arqueológica. Correspondiente a este fenómeno en las percepciones actuales es la misma aparición de normas en las estelas: el cuerpo humano aparece en ellas cuando empieza a ser relevante en el modo de producción en el que encuentran sentido. Pero eso es algo siempre posterior a un cambio dramático (sic) en la información del entorno del pasado y también del presente.

Almagro-Gorbea, M. (1977).: *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. (BPH, XIV), Madrid, 1977.

Almagro-Gorbea, M. (1989) *Arqueología e Historia Antigua: El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo. Homenaje a S. Montero. Anejos a Gerión II.*, 1989. pp. 277-288.

Bajtin, M. (1987): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, 1987.

²² Borges, J.L. (1981) *Otras Inquisiciones*, Madrid, 1981.

Barceló, J.A. (1989) Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica, en A.M. Aubet (Coord.) *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Barcelona, 1989. pp. 189-208.

Id.: (1992): *Una interpretación socio-económica del Bronce Final en el Sudoeste de la península ibérica. Trabajos de Prehistoria*, 49, 1992. pp. 259-276.

Bendala, M. (1977): *Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos. Habis*, 8, 1977. pp. 177-205.

Bendala, M. (1995): *Componentes de la cultura tartésica. Tartessos. 25 años después* (Actas del congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera, 1995. pp. 255-264.

Berger, P. y Luckmann, T.: *La construcción social de la Realidad*. Buenos Aires, 1968.

Binet, J. (1970) *Psychologie économique africaine.*, Paris, 1970.

Blázquez, J.M. (1990): *Panorama general del desarrollo histórico de la cultura tartésica desde finales de la Edad del Bronce, s. VIII aC. hasta los orígenes de las culturas turdetanas e ibérica. Los influjos fenicios. Rivista di Studi Fenici*, 19, 1. 1990. pp. 33-48.

Boltanski, L. (1977): Les usages sociaux du corps. *Annales*, 1, 26 a., 1977. pp. 205-233.

Burke, P. (1991): *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, 1991.

Caballero Klink, A. (1983): *La pintura rupestre esquemática de la vertiente septentrional de Sierra Morena (Prov. de Ciudad Real) y su contexto arqueológico*. Ciudad Real, 1983.

Carrilero, (1993): *Discusión sobre la formación social tartésica*. en J.M. Blázquez y J. Alvar, Eds. *Los enigmas de Tarteso*. Madrid, 1993. pp. 163-181.

Celestino, S. (1990): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular. La cultura tartésica y Extremadura* (Cuad, Emer., 2), 1990. pp. 45-62.

Celestino, S. (1994): *Las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica. Precolonización y formación del mundo tartésico*. Tesis Doctoral (Dir. M. Almagro-Gorbea y M. Bendala), Madrid, 1994 (en prensa)

Celestino, S. (1995) *El Período Orientalizante en Extremadura., Extremadura arqueológica, IV. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, Madrid-Mérida, 1995. pp. 67-90.

Conklin, H. (1973): Comentario al libro de Berlin, B. y Kay, P. (1969): *Basic color terms: They universality and Evolution* de Berlin y Kay, *American Anthropologist*, 75, 1973. pp. 931-942.

Chomsky, N. (1974): *Problemas de la explicación lingüística*. en R. Borger y F. Cioffi (Eds.) *La explicación en las ciencias de la conducta*. Madrid, 1974. pp. 265-300.

Chomsky, N. (1984): *Reflexiones sobre el lenguaje*. Madrid, 1984.

Delibes de Castro, G. y Romero Carnicero, F. (1992): *El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural*. en (M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero. Eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Complutum, 2-3), 1992. pp. 232-258.

Dumont, L. (1982): *Homo Aequalis*, Madrid, 1982.

Id. (1987): *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid, 1987.

Elias, N. (1989): *El proceso de la civilización. Investigaciones socio-genéticas y psicogenéticas*. Ciudad de Mexico, 1989.

Fernandez Castro, M. ° C. (1988): *Arqueología protohistórica de la península ibérica (S. X-VIII)* Madrid, 1988.

Firth, R. (1964): *Essays on Social Organization and Values*, Londres, 1964.

Galán Domingo, E. (1993) *Estelas, Paisaje y Territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum (Extra 3), Madrid, 1993.

González Morales, M.R. (1994): *Pero...¿Hubo alguna vez once mil bisontes?. Los temas del Arte Parietal Paleolítico de la región cantábrica*. Complutum, 5, 1994. pp. 291-302.

Grande del Brío, R. (1987) *La Pintura rupestre esquemática en el Centro-Oeste de España.*, Salamanca, 1987.

Hodder, I. (1991), *La Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona, 1991.

Justeson, J.S. y Stephens, L.D. (1994) *Variation and Change in Symbol Systems: case studies in Elamite cuneiform*. en C. Renfrew y E.B.W. Zubrow (eds.) *The Ancient Mind. Elements of cognitive archaeology.*, Cambridge, 1994. pp. 167-175.

Kaspar, R. (1984): Los fundamentos biológicos de la gnoseología evolutiva, en K. Lorenz y F.M. Wuketis (eds) *La Evolución del Pensamiento*. Madrid, 1984. pp. 117-136.

Leroi-Gourhan, A. (1989): *El Medio y la Técnica. (Evolución y Técnica II)*. Madrid, 1989.

Lévi-Strauss, C. (1988): *El pensamiento salvaje*, Ciudad de Mexico, 1988.

López Austin, A. (1980): *Cuerpo humano e ideología*. 2 Vols. México 1980.

López Castro, J.L. (1993) *Difusionismo y cambio cultural en la Protohistoria española: Tarteso como paradigma*, en J.Alvar y J.M. Blázquez (Eds.) *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 1993. pp. 39-68.

Lorenz, K. (1984): La teoría kantiana de lo apriorístico bajo el punto de vista de la biología actual en K. Lorenz y F.M. Wuketis (eds), *La Evolución del Pensamiento*. Madrid, 1984. pp. 89-116. (Or. en Blatt für Deutsche Philosophie, 15, 1941; 94-125).

Loux, F. (1984): *El cuerpo en la sociedad tradicional*. Barcelona, 1984.

Luria, A.R. (1987): *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos.*, Madrid, 1987.

Meillassoux, C. (1994): *Anthropologir de Marx. Economies et Sociétés*, 28, n.6/7., 1994. pp. 119-131

Moreno Arrastio, F.J. (1995). La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II, Toledo). *Gerión*, 13, 1995. 275-294.

Morris, I. (1987): *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge, 1987.

Oeser, E. (1984): *La Evolución del método científico*. en K. Lorenz y F.M. Wuketis (eds) *La Evolución del Pensamiento*. Madrid, 1984. pp. 247-280.

Pingel, V. (1974): *Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit in Südwesten der Iberischen Halbinsel. Hamburger Beiträge zur Archäologie* 4, 1974. pp. 1-19.

Porter, R. (1993): *Historia del cuerpo.*, en P. Burke (ed.) *Formas de hacer Historia*, Madrid, 1993. 255-286.

Reynoso, C. (1986): *Teoría, Historia y Crítica de la Antropología Cognitiva*. Buenos Aires, 1986.

Rield, R. (1983): *Biología del Conocimiento*. Madrid, 1983.

Rivière, A.: (1986): *Razonamiento y Representación*, Madrid, 1986.

Romero Carnicero, F. y Jimeno Martínez, A. (1993): *El Valle del Duero en la Antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro*. en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero Eds. *Los Celtas: Hispania y Europa*. Actas U.C.M. Madrid, 1993. 175-222.

Ruiz-Gálvez, M. y Galán, E.: *Las estelas del Suroeste como hitos de rutas ganaderas y vías comerciales. Trabajos de Prehistoria*, 48, 1991. pp. 257-273.

Ruiz-Gálvez, M. (1995): *El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro*. en M. Ruiz-Gálvez, Ed. *Ritos de Paso y Puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo*

del Bronce Final europeo., Madrid, (Complutum, Extra 5), 1995. pp. 129-155.

Sevillano S. José, M.C. (1991): *Grabados rupestres en la comarca de Las Hurdes*. Salamanca, 1991.

Schnapp, A. (1994).: Are images animated?. The psychology of statues in Ancient Greece. en C. Renfrew y E.B.W. Zubrow (eds.) *The Ancient Mind. Elements of cognitive archaeology.*, Cambridge, 1994. pp. 40-44

Tejera Gaspar, A. (1995): Tartessos: Economía, Poder y Sociedad. *Tartessos 25 años después*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera, 1995. pp. 561-590.

Tilley, C. (1989): Archaeology as socio-political action in the present. en V. Pinsky y A. Wylie, Eds. *Critical Traditions in contemporary Archaeology.*, Cambridge, 1989. pp. 104-116

Varela Gomes, M. y Pinho Monteiro, J. (1977): *Las estelas decoradas do Pomar (Beja, Portugal). Estudio comparado. Trabajos de Prehistoria*, 34, 1977. pp. 165-214.

Varela Gomes, R.; Varela Gomes, M. y Farihna dos Santos, M. (1983): O Santuario exterior do Escoural-Sector NE (Montemor-o-Novo, Evora) *Zephyrus*, 36, 1983. pp. 287-307).

Wagner, C.G. (1995).: *Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica. TP. 52, 1.* pp. 109-126.